

IV

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA LONVERCITARIA "ALFONDIO HEYES" STABA allí mi tío, sentado rel sillón de cabecera, y á su izquierdo banco que la

banco que le seguía inmediatamente, un señor Cura muy corpulento, con

balandrán de paño, gorro de terciopelo raído, v entre manos una cachavona muy recia; frontero á los dos, con la lumbre entre ambos, otro personaje más corpulento aún que el señor Cura, de cabeza canosa y gorda, cara cetrina y ojos muy saltones; en el mismo banco, pero á respetuosa distancia de este sujeto, Chisco secándose el barro de sus perneras á la lumbre; y junto á ella, y acurrucada en el suelo sin estorbar á nadie, con una cuchara de palo en la mano derecha, y en la izquierda el mango de una sartén colocada sobre las trébedes, una mocetona de ojos azules, hermoso y abundante pelo rubio y cuerpo bien metido en carnes.

Al aparecer yo en la cocina, cesó el recio cla-

moreo de la empeñada conversación que me había parecido disputa desde el pasadizo inmediato, y todas las personas del grupo se encararon conmigo de repente. Descubríme yo entonces y avancé algunos pasos hacia la meseta del fogón.

—¡Hola, hola!—exclamó mi tío al verme.— Ya vienes en busca de la gracia de Dios, ¿eh? Me alegro, hombre, me alegro... Á ver, Tona, cógele... Bien que tú no puedes, porque estás ocupada... Tú, Chisco, cógele ese candelero que trae en la mano... Vaya—añadió mirando alternativamente al Cura y al hombrón del otro banco,—aquí le tenéis ya: éste es mi sobrino Marcelo, el hijo de mi difunto hermano Juan Antonio. ¿Eh? ¿Qué tal? ¿Qué hay que pedirle en estampa ni en ropaje?... Mira—me dijo á mí,—estos señores vienen á visitarte...

Entonces se enderezaron á una los aludidos, que me parecieron dos gigantes, particularmente el seglar, que metía la cabeza hasta los hombros dentro de la campana de la chimenea; pero ni el Cura se quitó el gorro, ni el otro el chambergazo con que tapaba una parte mínima de la blanquísima greña que se le desbordaba por todo el perímetro de la cabezota. Me dieron sendos apretones de manos, que me hicieron ver las estrellas; y mientras volvían á sentarse, á mis ruegos, y me sentaba yo también á

los de mi tío entre él y el señor Cura, continuó diciendo el primero, señalando al segundo:

—El señor don Sabas Peñas, párroco de este pueblo desde que cantó misa... ¡ya hace fecha! porque te advierto que no baja una peseta de los tres duros y medio... Se los llevo bien contados... Buen amigo, buen cumplidor de sus deberes, eso sí, y muy docto en latines de todas clases... y en poner una bala en el corazón de un oso sin que le tiemble el pulso... No se le conoce otro vicio.

El Cura soltó aquí una carcajada que retumbó en el embudo de la chimenea, y hasta farfulló unos latines de breviario que no pude entender.

Después dijo mi tío refiriéndose al hombrazo del banco frontero:

—El señor... Hombre—añadió encarándose repentinamente con él,—¿me dejas entregar todo tu pasaporte de una vez, para acabar primero y entendernos mejor? Ya sabes que le tengo bien aprendido en la memoria...

El hombrazo se revolvió en su banco gruñendo un poco, y dijo al fin, con voz cavernosa y resonante:

—En ese que tú llamas pasaporte no hay cosa que me agravie, y puede estamparse siempre á la misma luz del sol: bien lo sabes tú. ¡Perocuidado con el retintín! porque hay bocas que

hasta el mismo Credo de la misa hacen sonar á lo que no es.

-Esa boca no es la mía, ¡cuidado con ello!

—Digo que hay esas bocas, y no digo más que eso,—replicó el hombrazo.

—Santo y corriente; pero yo vuelvo á preguntarte si va ó no va, para conocimiento de mi sobrino, todo tu pasaporte, ¡cuartajo!

—Y yo te respondo que lo que es honra para mí, no puede ofenderme. Con que allá te veas,

y no hay más que decir.

—Pues escucha, Marcelillo, que allá va el documento: don Pedro Nolasco de la Castaña-lera, alcalde que fué de este Real Valle en mil ochocientos treinta y dos, regidor en mil ochocientos treinta, teniente de alcalde en mil ochocientos veintisiete, síndico en mil ochocientos veinticinco, antiguo empleado en el lavadero de lanas de los señores Botifora y Compañía, extramuros de la ciudad de Valencia... Ordeno y mando.

-¿Lo ves?—saltó aquí el hombrazo, con un vozarrón que aturdía. ¡Ya sacastes la pata!... ¡ya la jicistes!

-¿En qué?—preguntó mi tío, fingiendo extrañeza, mientras el Cura reía á borbotones y lanzaba latines y yo no sabía qué pensar de todo aquello...

-Oiga usted, caballerito-díjome entonces

don Pedro Nolasco, algo tembloroso de voz:
es la pura verdad que yo he sido, y á mucha
honra, todas esas cosas que usted ha oído...
pero contra el «ordeno y mando» del remate,
protesto una vez, y dos veces, y dos millones
de ellas.

—Consta en papeles,—afirmó mi tío congran entereza.

—Y mucho que consta—respondió don Pedro Nolasco;—pero con su cuenta y razón: en bandos que yo publiqué en su día, cuando las cosas andaban á paso más firme que ahora... sí, señor: allí estaba bien y en su punto; pero no lo está donde tú acabas de ponerlo con la mala intención que siempre tuvistes...

-¡Eso es agraviarme!-exclamó mi tío sofocado por la tos.

-¡De que me faltaras tú sin motivo me estoy quejando yo!

-¡Yo no te he faltado!

-¡Yo aseguro que sí!

La cosa estuvo á punto de encresparse de veras por este camino; pero con la intervención del Cura y con la mía, conjuróse á tiempo la tempestad, que no era nueva en aquella cocina entre los mismos contrincantes, según luégo supe; porque los dos eran sulfurosos de genio, y las cosas del don Pedro Nolasco una continua tentación para el espíritu marrullero de mi tío.

Puestos en paz bien pronto, continuó éste:

—Por lo demás, llévame dos años de fecha, aunque niégalo el arrastrado, sin pizca de te-

aunque niégalo el arrastrado, sin pizca de temor de Dios, y tiene ya los cuatro duros bien
corridos de peso. Fué siempre de mucho odre,
buen apetito y mejor conducta. Así ha llegado
él tan acá, sin un mal retortijón de tripas.
Nunca le tomó apego, como el Cura, á la caza
mayor... en los breñales, se entiende; porque
á la vera de su casa ó al amor de la lumbre, se
zampa un buey en dos sentadas, si hay quien
se le ofrezca. Por eso y otras cosas, le llamamos los que bien le queremos, sin que á mal
lo tome ni se ofenda, Marmitón.

—¡Celso!—rugió aquí don Pedro Nolasco, dando patadas en el borde de la meseta en que apoyaba los pies, calzados con zapatillas de cintos negros, lo mismo que el señor Cura y que mi tío.

Y entonces me fijé yo en que debajo de las zapatillas calzaba medias alagartadas, verdes, con grandes pintas negras.

—Eso es lo único que te afea, salvo la cara —díjole mi tío serenamente:—el genial... En ese punto eres una jabalina celosa, á lo mejor de una chanza. Salimos de una chamusquina, y ya te quieres meter en otra...

—¡Barájolas!—exclamó don Pedro Nolasco santiguándose.—¿Ustedes han visto otra como

ella? Trapalón de los demonios, ¿pues me he metido yo contigo ni tanto así, desde que se acabó lo otro?

Mi tío no le hizo caso, y me preguntó á mí:

—¿Le has visto ya bien? Pues con esas cerdas y todo, es el vecino más noblón del pueblo y el mejor amigo de sus amigos, y además es uva de la nuestra cepa. Lleva el corazón en la mano, y dará la piel cuando no tenga capa que partir con el pobre. Te lo digo yo, Marmitón de los demonios, aunque me pegues—añadió encarándose con el gigante;—te lo digo yo, ¡cuartajo! yo, que tengo buenas pruebas de ser verdad; y te lo digo con el alma y vida. Si quieres creerme, me crees, y si no, peor para tí. ¿No es así, Cura?

—Est Deus in nobis—respondió éste moviendo la cabeza de un lado á otro, como quien afirma algo bueno que es además indiscutible. —No hay que darle vueltas, est Deus in nobis, semper et ubique. Y si no fuera así, pobres de nosotros á cada chapucería de las que arma Satanás en las disputas de los hombres.

—Pues bueno—repuso mi tío volviéndose hacia su amigo que no chistaba ni se movía, con los ojazos clavados en la lumbre.—Ahora quiero que te quedes á cenar con nosotros, no por mí, que no lo merezco, sino por honrar á mi sobrino.

—¡Á buen tiempo!—murmuró el gigante revolviendo un poco la mirada hacia don Celso y descargando mucho los celajes de su faz.

-¿Lo dices porque has cenado ya?-le replicó mi tío.

-Naturalmente.

—Pues por eso mismo, porque lo presumía, te convido yo. En estómagos como el tuyo, ceba llama ceba... Y para animarte más y hacerla redonda y cabal esta noche, también te convido á tí, Cura.

-Eso ya es otra cosa-dijo entonces don Pedro Nolasco, entrando de frente en la porfía:-si él se queda...

Negábase el Cura á ello de todas veras; pero á fuerza de insistir mi tío y de empeñarme yo también, aceptó al cabo.

—¿Lo has oído, Tona?... Pues llévale el cuento á Facia para que ponga dos platos más en la mesa, y añade tú lo que falte, si es que falta algo en la cocina.

Tona respondió que sobraba con lo que había arrimado á la lumbre, siempre que cada cual comiera como Dios mandaba; y mi tío, mientras el hombrón recibía con carraspeos la condicional que la sirviente había echado hacia allá con los ojos, dió por rematada la historia y mandó que se tratara de otra más divertida.

No lo fueron ni tanto siquiera, para mi gus-

to, las pocas que salieron á relucir después. mientras la mocetona rubia, y Facia, la mujer gris, que entraba y salía á menudo, daban los últimos toques á los condumios arrimados al fuego. Por mi parte, y «para ir tirando de la conversación, tuve que suministrar, á instancias del Cura y de don Pedro Nolasco, cuatro vaguedades sobre «esos mundos de Dios,» por los que tanto había rodado, al decir de los mismos señores; y menos interesado ya que al principio en lo que allí se trataba, y pudiendo llevar mi atención á otros términos del cuadro, observé, entre otras cosas, que Tona y Chisco no tomaban parte en ello más que con los ojos y alguna que otra exclamación ó risotada, y que la tal sirvienta, por su cara y por su talle, de pies á cabeza, en fin, era lo que se llamaba una buena moza.

—Ya ves—llegó á decirme mi tío,—que aquí no se pasa el rato del todo mal, después de hecho el hombre á estas cosas tan diferentes de las de allá. Y mejores se pasan todavía, como irás viendo, porque esta noche no hace regla: no es sazón de ello hoy por hoy, en que no aprieta el frío y está mucha de la maíz sin deshojar, y hay que deshojarla, porque lo primero es lo primero; pero déjate que corran días y empiece á empardecerse el cielo y á rebombar el pozón de Peña Sagra, itrastajo! y verás acu-

dir gente á esta cocina, hasta haber noche de no caber en estos bancos, cada cual con su avío y con su tema... toda gente montuna, por de contado: puros jastialones. Hay que armarse á veces de mucho aguante, eso sí, porque en un rebaño, ¡zancajo! no todas las bestias son de una misma condición; pero las mejores de éste son las más; y con tal de no pedir castañas al camueso... Vamos, que te ha de entretener, si es que te avezas á ello... y Dios lo haga así.

—¡Pues no ha de jacerlu?—exclamó don Pedro Nolasco, asombrado de que se pusiera en duda lo que él tenía por indudable.

—A custodia matutina usque ad noctem speret Israel in Domino—confirmó don Sabas,—sin contar con lo que tengo dicho y no me cansaré de repetir: est Deus in nobis; y por eso no hay que desesperar de nada que sea honrado, conveniente al hombre de bien y conforme á la santa ley de Dios.

Cuando llegó el momento de irnos á cenar, preguntó don Pedro Nolasco muy sorprendido:

-¡Pero, cómo?... ¿No cenamos aquí?

-¡No, señor!-respondió mi tío empujándonos hacia la puerta.

-Pero ¿por qué?-insistió aquél, erguido sobre el fogón.

-Curiosón de los demonios-replicó el otro

volviéndose hacia él desde la mitad de la cocina.—En primer lugar, á zoquete regalado no debieras ponerle tachas; y, por último, has de saberte, traga-aldabas del jinojo, que ni todos los tiempos corren unos, ni todos los hombres son iguales. ¿Me entiendes ahora?

Esto ocurría en el instante en que Chisco, por mandato de Tona, se acercaba á la pared que yo había tenido enfrente, á la cual estaba adaptado un tablero, soltaba la taravilla que le sujetaba por arriba, le hacía girar sobre el eje que tenía en el lado de abajo, y le dejaba en posición horizontal sostenido por un tentemozo. Pidiendo informes sobre el uso de aquel aparato, averigüé que era la mesa perezosa á que había aludido mi tío en el comedor.

—Y ¿para qué la ponen ahora?—preguntéle.
—Para cenar los criados en cuanto nosotros

nos larguemos de aquí, -respondióme.

Me gustó el artefacto, que quedaba armado á muy corta distancia del fogón, tentóme la novedad aquélla, y desde luégo uní mi parecer al bien notorio de don. Pedro Nolasco.

—Pues por mí—dijo mi tío con firme resolución,—que levanten los manteles de la otra mesa y los tiendan en ésta. Por regalarte el gusto, mandé que se cenara allá: ya sabes que el mío es muy diferente. Además, para lo que he de cenar yo... Conque si te gusta más esto... Convinimos, á mis ruegos, en que por aquella noche quedaran las cosas como estaban, cenando en adelante en la perezosa y dejando la mesa del salón para la comida del mediodía; bajóse de su pedestal don Pedro Nolasco, y salimos de la cocina los cuatro comensales en ringlera, siguiendo á Tona que nos alumbraba el camino con el candil que había descolgado de la campana de la chimenea.

Y sucedió lo que yo estaba temiendo rato hacía, por lo que había ido observando alrededor de la lumbre y en los trajines de la repolluda cocinera: que la cena dispuesta en honor mío era para servir de espanto más que de tentación y de consuelo á un comensal de mis tragaderas, hecho y avezado á las sabrosas parvidades de la cocina mundana. Comenzando á contar por los cubiertos y dos cucharones de plata de anticuada forma, una torta de pan casero, ocho vasos de cristal verdoso y un botellón muy negro, todo cuanto había y fué apareciendo sobre la mesa era macizo y grande y abundante hasta lo increíble. Primeramente, un canjilón de sopas de leche; después una fuente muy honda, de un potaje de nabos en ensalada; luégo una tortilla de torreznos, seguida de una asadura picante, y, por último, una compota descomunal de manzanas, y mucho queso curado, de ovejas. Lo único que escaseaba allí eran la luz

y el calor, porque la de las mechas del velón casi se perdía en el negro espacio antes de llegar á la mesa, y el chamuscón que yo me había dado en la cocina sólo me servía en el comedor para sentir doblemente la glacial temperatura de aquel páramo.

El Cura, contra lo que yo esperaba de su tamaño, comía nada más que regularmente, y era limpio y reposado en el comer. Mi tío probaba de todo sin gustarle nada, y yo satisfice mi necesidad, más que apetito, de doce horas, casi tanto con la vista de tan copiosos alimentos, como con las parvidades que de ellos tomé... ¡Pero don Pedro Nolasco!... No tenía calo ni medida su estómago de buitre; devoraba hasta con los ojos; y mucho de lo que no le cabía en la boca mientras funcionaba su gaznate, corríale en regatos por el exterior hasta sumirse bajo la sobarba entre cuero y camisa, ó mezclarse gota á gota con la mugre del chaleco.

Se habló poco en la mesa, y de esto poco la mayor parte fué de mi tío para decir injurias al glotón, que no le contestaba, ni creo que le oía, y para ponderarme su asombro por lo melindroso que le parecí en el comer, y muy especialmente por el plan de cena mía, para en adelante, que le tracé. No podía comprender el buen señor que un mozo de mis años y con mi salud, no comiera cuanto se le pusiera delante

á cualquier hora del día ó de la noche. «Abundante y substancioso» era la divisa del bien comer entre los hombres rumbosos del pelaje de mi tío.

Andando en esto y regoldando ya el gigante por no tener su estómago cosa de más jugo en que entretenerse, oyóse una campanada de reló hacia lo más obscuro y remoto de la estancia.

—¡Las diez y media!—dijo mi tío revolviéndose en el banco.—Me parece que ya es hora de que te dejemos en paz. El viaje te habrá molido bien los huesos, y tendrás ganas de tumbarlos en la cama. Por lodemás, no te creas: entre el laberinto del ganado abajo, y la tertulia de arriba después de rezar el Rosario, rara es la noche en que nos acostamos más temprano... Ya verás, ya verás, ¡pispajo! cómo sabemos vivir aquí, aunque montunos y pobres, á uso de pudientes de ciudad... ¿Conque entendístelo, Marmitón? Pues, ¡jorria! ya que estás jartu, y á su casa el que la tenga.

Levantámonos todos, dió gracias el Cura, respondímosle cumplida y devotamente, y se fué con don Pedro Nolasco, no sin haberme hecho volver á ver las estrellas con los apretones de manos que me dieron por despedida.

Poco tiempo después, encerrado yo en mi cuarto, paseábame á lo largo de él intentando pensar en muchas cosas sin llegar á pensar con fundamento en nada, no sé si porque realmente no quería, ó porque no podía pensar de otra manera. Con esta obscuridad en mi cerebro y el continuo zumbar del río en su cañada, acabé por sentirme amodorrado, y me acosté.

Blanca de ropas y limpia como un sol era mi cama; pero ¡qué fría... y qué dura me pareciól

